Año 20 n.º 52-53 · Verano-Otoño 2016

Edición de nuevos poemas, cartas y prosas literarias de José Joaquín de Olmedo
Juan Castro y Velázquez
Aurora Espín. Mario Campaña y Carmen Ruiz Barrionuevo

La república conservadora de Andrés Bello
Jorge Edwards

La nación retórica. Discurso poético y estrategia política en *Canto a Bolívar* y en algunos poemas inéditos recuperados de José Joaquín Olmedo
Marisa Martínez Pérsico

Simón Bolívar y la antigüedad contemporánea
Francisco Martínez Hoyos

Preguntas sobra la autoridad de Simón Rodríguez
Camila Pulgar Machado

La representación de los «letrados patriotas» en los primeros escritos de Camilo Henríquez (1769-1825). La *Proclama de Quirino Lemáchez* (1811) y tres escritos de *La Aurora de Chile* (1812)
Claudio Véliz Rojas

Mariano Melgar: el poeta en su territorio
Diony Durán

Juan Pablo Duarte: «héroe del sacrificio». Bases de la Independencia dominicana
Eva Guerrero Guerrero

El soldado desconocido: parricidio, vanguardia y testimonio ante un itinerario de guerra (Con una entrevista a Jorge Eduardo Arellano)
María Augusta Montealegre

Libros: *Sara Beatriz Guardia. Fernando del Paso, Benito del Pliego, Rainer Maria Rilke, Mario Montalbetti, Ángel Darío Carrero*

9 771137 235009 52

20 €

nos ¿queremos seguir
No hay una respuesta
nativa pero sí líneas de
ás o menos estable que
tido: «una sola lengua
emos que no queremos
mos ¿por qué?». En este
ıay notables poemas que
guaje y mundo frente
s que el poeta observa,
ıscribe no tiene ninguna
ıria o paisajista. La ima-
a mediante el corte, el
agramaticalidad no es
pia y legible pero con
l no domesticada que
den establecido. Así, en
habla de la visita a un
terremoto, es la sintaxis
dentada, que no oscura,
n fragmentada, lo que se
más que el contenido o la
caminamos el colegio las
amos ingresamos al patio
gresamos la dirección no
oteca dirección el aire es
aire libre». También hay
ón a Mallarmé, padre de
onstructivistas, en cuyo
Montalbetti va ocupando
minente: «un golpe de
olirá esta ciudad / la idea
la así destruida».
reunido aquí es *Apolo*
2012, en el que aparece
omenaje al V Congreso
Filosofía del Lenguaje,
-28 de junio del 2010»,
irónica, es una síntesis

del trabajo poético y lingüístico de Montalbetti: «¿cuál es la diferencia entre una vaca y el lenguaje? / una vaca / ¿qué es una vaca? / una vaca pace al lado del camino / el camino da un rodeo / y lleva hasta el granero / la vaca cruza el camino / sin rodeos / el lenguaje no puede hacer eso».

Mario Montalbetti nació en Lima en 1953 y vivió una larga temporada en los Estados Unidos vinculado a su sistema académico. Su poesía constituye uno de los ejercicios de exploración de más alto voltaje en la poesía latinoamericana actual. Es notable que su poesía aparezca ahora en España, toda vez que en la escena poética ya ha desaparecido esa hegemonía asfixiante de poéticas conservadoras y de orden que dificultaban la comunicación con poéticas de sentido opuesto en la otra orilla de la lengua castellana, y que incluso abocaban a las locales poco menos que a ejercicios de supervivencia. Con el panorama más abierto, con iniciativas editoriales que van permitiendo un intercambio más fluido con la poesía de las Américas, y no solo en castellano, no es difícil pensar en los interlocutores que esta obra irá encontrando, tanto en poetas más o menos cercanos a su generación como en los de las promociones siguientes, en la que se encuentran núcleos señalados muy receptivos e interesados por una obra de este talante, de esta entidad, de esta intensidad. Bienvenido.

Andrés Fisher



Lo que canta al otro lado. Antología poética 2001-2005
Ángel Darío Carrero
Prólogo de Fernando Iwasaki
Renacimiento, Sevilla, 2015

Apenas algunos meses después de la muerte del escritor puertorriqueño Ángel Darío Carrero (1966-2015), la editorial Renacimiento de Sevilla publica una antología de su poesía. Prologada por Fernando Iwasaki, esta antología ofrece una selección de los poemarios de Á. D. Carrero que permitirá al lector adentrarse en la obra densa, rica y profundamente original de un escritor que fue uno de los miembros más destacados de la generación del ochenta. Además de los poemarios que publicó en vida, se encargó de una edición crítica del *Canto de la locura* (2005) de Francisco Matos Paoli; también fue coeditor de las antologías de relatos *En el ojo del huracán* (2011) y de crónicas periodísticas (*País nuestro. Crónicas puertorriqueñas de actualidad*, 2013). Sacerdote franciscano, era un intelectual comprometido, a través

de la docencia y la acción social, especialmente en el seno de la ONG Niños De Nueva Esperanza, que había fundado con sus hermanos franciscanos. De la multiplicidad y entereza de sus compromisos humanos llegan pocos ecos a la poesía recogida en la antología que nos ocupa. De hecho, toda la poesía de Á. D. Carrero intenta ahondar en el diálogo íntimo que un «yo» mantiene con un «tú» que lo llama, lo ama e introduce en él lo infinito del deseo nunca saciado. De ese encuentro y ese infinito hablan los versos candentes de Ángel Darío Carrero. La antología presenta primero un texto del poeta, antes de ofrecer una selección de los tres poemarios publicados en vida del autor, más una serie de poemas inéditos.

En «Ante el espejo de la poesía», Á. D. Carrero define el papel de la poesía en la encrucijada de su experiencia vital y de la tradición literaria más exigente: desde Dante y Rimbaud hasta Jorge Guillén, María Zambrano y San Juan de la Cruz, para citar solo algunos nombres convocados por el poeta. El punto de partida de la poética de Á. D. Carrero estriba en el carácter revelador de la poesía: «Revela, con abreviadas palabras, nuestra torcedura, la contradicción que nos habita y que somos» (p. 13). La «palabra excavadora» (p. 14) se ofrece así como el vehículo de un viaje órfico: «el poeta, para acercarse al hondón de sí mismo, tiene que bajar, como Cristo, a los infiernos» (p. 15). De ahí también su dimensión inevitablemente «profética»: el poeta debe «anunciar la supremacía absoluta del amor en sus distintas acepciones» (p. 17). Pero es un profetismo de tonos bajos, atravesado por la sombra y la noche, una noche iluminada a veces por destellos de una presencia imborrable. Para plasmar ese «breve instante», el poeta prefiere el poema breve, como bien muestra el primer libro antologado: *Llama del agua* (2001).

Este poemario había sido saludado por Luce López-Baralt como un libro místico, y de un místico que recoge un itinerario espiritual del mismo calibre que el que percibimos a la lectura del *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz o de los poemas más autobiográficos de Ernesto Cardenal. La estructura ternaria del poemario completo se desdibuja en la selección de Fernando Iwasaki; solo aparece indirectamente en el «Tríptico a la deriva» que clausura el libro y que recoge el antólogo, dando así la clave del título:

[...]
EL agua
se hace fuego
el fuego
se hace calma:
si amas
si amas:
llama del agua (p. 55)

Desarticulado el tríptico que estructuraba firmemente el poemario en su conjunto, se destacan aún más las paradojas que horadan las certezas de la fe. La primera sería la paradoja de la presencia que introduce en el 'yo' lírico –en la medida misma en que se percibe la cercanía del «tú»–, una carencia, un deseo insaciable, una «distancia»:

QUE la distancia
fuera cercana
y pudiera caminar
a tu regreso
apresurado el paso
estrecharía tu mano
y nos iríamos juntos

a hacer distancia (p. 53)

La segunda paradoja atañe al lenguaje poético mismo: lo que ansía el «yo» no tiene que ver con el conocimiento o con el verbo, sino con el hallazgo del «tú». Pero el poeta solo tiene las palabras:

[...]
me callo en mi propio idioma
y de noche mis poemas
se visten solos para buscarte (p. 43)

[...]
tú callas
y yo amo las palabras (p. 29)

La paradoja a veces, sin embargo, se resuelve en el estallido de un instante que trasciende las aporías del tiempo, no así las del lenguaje: «todo se ha detenido y no sé cómo explicarlo» (p. 33).

El despojamiento es al mismo tiempo una exigencia espiritual y formal. Los poemas son breves; el verso, generalmente libre. El poeta se inclina por los dísticos pero a veces la forma epigramática y el juego casi conceptista introducen en el poema una tensión que lo va acercando al aforismo:

Y cuando
todo
era nada
apareciste tú
y ya
nada
era nada (p. 35)

En *Perseguido por la luz* (2008), se acentúa el gusto por la brevedad, lo que desemboca en una concentración aún mayor de las paradojas ya señaladas:

¿QUIÉN soy
cuando digo
que soy
palabra
y callo? (p. 66)

En el poema «La música callada», dedicado a Ernesto Cardenal, se invierte el éxtasis sanjuanista:

ME has colmado
de instrumentos silenciosos
y me pides ser
melodía inquieta de la tarde

replegado sobre mi silencio
te invito a celebrar conmigo

la derrota (p. 65)

La entrega al «tú» exige un despojamiento interior más radical, un «duelo» (p. 74), una aceptación de la pérdida que sin embargo nunca implica abandonar el diálogo directo. Tal vez venga de ahí la posibilidad de volver a empezar:

[...]
como una nada
derretida para volver
a ser hombre

comienzo de nuevo (p. 101)

La inquietud de la huella (2012) supone un giro en la trayectoria creadora del autor ya que este libro presenta «intraducciones» (la palabra es de Haroldo de Campos y la retoma Á. D. Carrero) de los dísticos del *Viajero querubínico* de Ángelus Silesius. Tal como hiciera Juan Gelman con textos de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, Carrero reescribe a Ángelus Silesius. Son traducciones felizmente infieles que acercan al lector al ardor contenido de estos epigramas que tienen tanta resonancia en la experiencia y la poética del otro Ángel:

IMPASIBLE
ante la alegría
el dolor
y el tormento

me acerco a tu indiferencia (p. 51)

Die Gleichheit Gottes.
Wer unbeweglich bleibt in Freud / in Leid / in Pein;
Der kan nunmehr nit weit von Gottes Glechheit seyn (p. 108)

La antología se concluye con algunos poemas sacados de un libro inédito (*En espera del resto*, 2013-2014), así como con los últimos poemas que Ángel Darío Carrero escribió en vida, en el hospital en el que iba a luchar sin éxito contra el cáncer que lo consumía. Son versos estremecedores que solo pueden parangonarse, tal vez, con los que escribiera Héctor Viel Temperley en *Hospital británico*. Hasta el último momento, Á. D. Carrero mantiene el diálogo abierto con el «tú» que ha dado sentido a toda su vida, incluso si el momento es amargo y doloroso:

¿NO serás como este
árbol frondoso
que me extiende
larga y ancha
su sombra
sobre una sábana
de ortigas? (p. 149)

El motivo típico de la poesía mística, la travesía de la *noche oscura*, vuelve bajo su pluma, pero despojada de todo ripio intertextual:

SIN noche
no habría poesía
pero no esta noche (p. 148)

El último poema del libro, posiblemente el último escrito por Ángel Darío, da un testimonio estremecedor de su agonía de (etimológicamente, del griego ἀγωνία, *agōnía*: 'lucha', 'combate', 'angustia'):

LUCHO
el muro es alto
no puedo
empujarlo
tampoco saltarlo
escucho humildemente
lo que canta
al otro lado (p. 155)

Esta antología, que debemos al respeto y la amistad que unían a Ángel Darío Carrero y Fernando Iwasaki, es una invitación a leer y releer la obra de un escritor que abre la poesía contemporánea a pasajes poco transitados y, sin embargo, imprescindibles.

Geneviève Fabry